



*Caminos  
Inexplorados*

## **I. Introducción**

---

Glim y Elmekia son dos amigos que se conocieron cuando eran pequeños e iban a la misma escuela, además dio la casualidad de que eran vecinos.

Vivían en un pequeño pueblo situado en el Reino de Ilya, en un claro al sur del Gran Valle, en las proximidades del único lago de esa región. Una zona que entraba en los dominios de la ciudad de Igris.

La aldea se encontraba en un claro entre los bosques que componían la zona sureste del lago. En su mayor parte eran casas de madera y paja, humildes moradas apiladas junto a los pinos, árboles característicos de la zona sureste del reino, de copa ancha y gran altura. Las casas se extendían hasta la orilla de un río cercano, de agua cristalina y cuya orilla estaba adornada por guijarros que se alternaban entre colores blanquecinos y grisáceos.

A lo lejos se podían entrever las montañas lejanas y los grandes bosques.

Los alcaldes de los distintos pueblos, con la intención de que los niños y niñas de los pueblos cercanos pudieran ir a la escuela, hicieron una pequeña colecta donde cada uno podía donar lo que pudiera al proyecto.

Con el paso de los meses se pudo reunir el dinero suficiente para pagar a unos carpinteros de la ciudad más cercana, que con la ayuda de los habitantes del pueblo terminaron de construir una escuela común, lugar donde irían todos los niños y niñas de los distintos pueblos, incluidos nuestros dos protagonistas.





Sureste  
de Ilya

## **II. El Comienzo**

---

Nuestros protagonistas empezaron a ir a la escuela poco después de que esta se construyera y se consiguiera el material necesario para que fuera funcional.

Como incluso entre los cuatro pueblos implicados no había suficientes niños para llenar varias clases, se asignaron todos a un aula única y el resto del colegio se utilizó para fines varios, que iban desde un pequeño comedor hasta algunas salas usadas de almacenaje.

A pesar de que tanto Glim como Elmekia estaban en el mismo aula, no solían hablar, ni siquiera sentarse juntos, probablemente ni sabían que venían del mismo pueblo y eran vecinos.

Elmekia era una chica muy activa y abierta, le gustaba conocer gente y hacer cosas nuevas, es por ello que la escuela le gustaba mucho y no quería perderse ni un día. Para ella, el colegio le daba la oportunidad de hacer amigos, divertirse y aprender, además de que salía de su pueblo y veía cosas nuevas, por lo que podríamos decir que Elmekia era una persona muy aventurera y que no tenía miedo a las cosas nuevas que tuviera que enfrentar.

Por otro lado, Glim era un chico más calmado y tímido, no es que no le gustara estar con gente, pero solía mantenerse al margen, ya que le costaba hablar con los demás debido a la vergüenza que le daba. Por ello le gustaba más quedarse en casa, un lugar que conocía a la perfección, en lugar de tener que afrontar situaciones en las que debía relacionarse con gente nueva, todo esto por miedo a lo que otros pensarían de él, algo que le hacía pasarlo mal.

Un día, de camino a la escuela, el carruaje en el que iba Elmekia con su padre tuvo un pequeño problema, una de las ruedas traseras se había salido y no podían arreglarlo solos.

Dio la casualidad de que Glim iba con su madre un poco más atrás y cuando llegaron a donde estaban ellos dos pararon para ayudarles, sin embargo el carro era pesado y la reparación algo laboriosa, por lo que decidieron que Glim, Elmekia y la madre de Glim, Karen, irían en su carruaje hacia la escuela, mientras el padre de Elmekia, Will,

volvería al pueblo para pedir algo de ayuda.

Durante el viaje, Elmekia intentaba hablar con Glim, quien, por su forma de ser, no daba demasiada conversación. Sin embargo, Elmekia no lo veía como algo raro, sino como algo nuevo, ya que no había conocido nunca a una persona así, así que en lugar de dejar de hablar con él, simplemente tenía más y más curiosidad por conocerle. De esta forma cuando llegaron a la escuela, Elmekia se sentó junto a él y siguió tratando de averiguar más sobre Glim, al cual no parecía incomodarle la presencia de Elmekia, quizá debido a la actitud de esta, la cual era muy abierta y divertida.

### **III. Dificultades**

---

Fueron pasando los días, al mismo tiempo que Glim y Elmekia comenzaban a conocerse mejor. Ambos aprendieron cosas del otro, Elmekia empezaba a comprender mejor a las personas como Glim, al mismo tiempo que aprendió a ver las cosas con más calma y no dejarse llevar tan fácilmente, algo que le había llevado a ser castigada en más de una ocasión por sus padres. Glim, por otro lado, empezó a ir con más entusiasmo a la escuela y empezaba a comprender que no hay por qué tener miedo a las personas, ni a las situaciones nuevas.

Sin embargo, había niños que se metían con Glim solo porque su personalidad era diferente y esto era un problema, ya que provocaba que nuestro protagonista fuera a la escuela sin ganas y algo triste e incluso preocupado.

Pasaron unos pocos días que se hicieron bastante largos para Glim, los niños seguían metiéndose con él, pero había uno especialmente agresivo que se llamaba Dan.

Dan era un chico de otro pueblo, situado en el extremo opuesto del lago, justo en la entrada de la espesura que se extendía hasta las montañas más altas del lugar.

Este chico era agresivo y quería salirse con la suya siempre, por lo que no aceptaba que le llevaran la contraria y trataba siempre de llamar la atención. Tenía una personalidad que chocaba con la personalidad tranquila de Glim, lo cual hizo que Dan pusiera más empeño en molestarle.

A pesar de todo esto, Glim era un chico amable que no quería preocupar a nadie, por lo que no comentó esta situación ni a Elmekia ni a sus padres, simplemente dejó que

esto pasara.

Un día Glim fue al lago cercano a su pueblo con la intención de relajarse y dejar de pensar en todo lo que le rodeaba.

Cuando llegó allí escuchó unos ligeros ruidos que venían de un árbol cercano, así que Glim se asomó para ver desde lejos qué había en esa zona. Apenas se distinguía bien debido a que ya estaba atardeciendo y los árboles tapaban gran parte de los rayos anaranjados del sol, solo podía reconocer algo grande y marrón junto al árbol pero no tenía ni idea de qué era.

Glim se quedó paralizado, tenía miedo al principio por no saber qué hacía esos ruiditos, pero ahora que había visto el tamaño que tenía y que no podía distinguir bien qué es lo que era, tuvo aún más miedo, hasta el punto de que no sabía qué hacer.

Las piernas le temblaban y su mirada estaba fija en aquel bulto marrón hasta que empezó a oír unas ligeras pisadas tras de él, en ese momento quería salir corriendo, pero sus piernas no le respondían, se había quedado congelado, pero las pisadas cada vez estaban más cerca, hasta que estas se detuvieron y notó algo húmedo posarse en su hombro. "Oye chico"

Al escuchar la voz de un hombre, Glim se relajó un poco, quizá porque en su imaginación ya se habían creado monstruos de todo tipo, pero aún así seguía siendo un desconocido, por lo que debía tener cuidado.

Cuando se giró vio a un hombre ya entrado en los treinta, con algo de barba, iba vestido con unos pantalones para montar a caballo y un ligero abrigo.

El hombre tenía un gesto amable, llevaba una caña de pescar al hombro y unos cuantos peces atados al cinturón. Lo que había en el hombro de Glim era la mano del hombre, ligeramente mojada de haber estado pescando y cogiendo los peces.

El hombre y Glim empezaron a hablar mientras se dirigían a ese "bulto" que Glim vio antes, tras decirle esto el hombre echó a reír, no era un "monstruo" ni nada parecido, era el caballo del hombre, que lo había dejado atado a un árbol cercano.

El hombre se llamaba Devin e iba de camino a una ciudad que se encontraba a más de sesenta kilómetros de donde estaban ahora mismo. Al parecer viene de un rancho de bastante lejos, en una zona algo más árida pero rica en pasto. Había parado aquí para

descansar un poco y conseguir algo de comida.

Devin le preguntó a Glim qué hacía aquí a estas horas, y empezó a contarle todo lo ocurrido.

Mientras le oía, Devin hizo un pequeño fuego y puso dos de los peces que había pescado atravesados en un palo y luego los dejó cerca del fuego para cocinarlos lentamente.

- "Bueno... creo que si hay un problema que no puedes solucionar solo, es mejor pedir ayuda. No tiene nada de malo pedir ayuda a las personas que conoces y en las que confías, estoy seguro de que tus padres o tu amiga no se van a preocupar si se lo dices, se preocuparían más si te pasara algo y no supieran por qué" – dijo Devin mientras le acercaba uno de los peces recién hechos "Cuidado que quema"

Glim se quedó en silencio, algo sorprendido, lo que le dijo rompía aquello en lo que había creído, él realmente pensaba que preocuparía a los demás y que no había necesidad de ello porque él podría solucionar el problema. Pero la realidad es que él no podía y que necesitaba ayuda.

Cuando terminaron de comer, Glim le dio las gracias y siguieron hablando un rato más. Al hacerse más tarde, Devin llevó a Glim a su casa a caballo y, tras despedirse, siguió su camino.

Una vez que Glim entró en su casa habló con sus padres y le contó todo lo que había estado ocurriendo con Dan y los otros chicos, además de tener que decirles dónde había estado hasta tan tarde.

A la mañana siguiente, los padres de Glim fueron a hablar con el director de la escuela mientras que nuestro protagonista le contaba todo a Elmekia.

Para sorpresa de Glim, Elmekia ya se había dado cuenta de que había estado teniendo problemas, pero había decidido esperar a que él mismo se lo dijera para poder solucionar este problema los dos juntos.

Un problema que no duraría mucho si estos dos están decididos a solucionarlo.

## **IV. Misterios sin resolver**

---

La semana siguiente al problema entre Dan y Glim, las cosas estaban más tranquilas y Elmekia no se separaba de su amigo, porque según decía, ella le protegería, por lo que no hubo demasiados conflictos, en parte gracias a la implicación de los padres de Glim y la ayuda que el centro proporcionó.

En esta misma semana, los padres de Elmekia fueron a la escuela por solicitud de la profesora. Mientras ellos hablaban, Elmekia se dedicó a pasear por la zona circundante, aunque se alejó un poco y terminó frente a una cueva al noreste del colegio.

Sin darse cuenta, Elmekia se había adentrado en el bosque cercano, y aunque no estaba en la parte más profunda, sí que estaba lo suficientemente alejada como para no poder ver la aldea en la que se encontraba la escuela.

La cueva llamó su atención e incluso intentó adentrarse en ella, sin embargo, por primera vez en su vida, Elmekia había encontrado la sensación de "miedo", algo que no había experimentado a menudo debido a su personalidad tan directa y despreocupada, sin embargo había algo en esa profunda y negra oscuridad que disparaba todas las alarmas de su cuerpo, tan solo mirar fijamente a la entrada de la cueva provocaba que le recorrieran escalofríos hasta la médula, una oscuridad más profunda que las noches de invierno. Elmekia retrocedió y decidió volver a la escuela donde sus padres estaban a punto de terminar la reunión.

Durante el camino de vuelta, Elmekia no podía quitarse de la cabeza esa imagen, prácticamente fue devorada por esa cueva, no pudo ni poner un pie en ella. Sin embargo, no era esa su preocupación principal ahora mismo, sus padres estaban regañándola, al parecer la profesora les dijo que era una buena chica pero que era muy despistada y no mostraba ningún interés por las cosas que se daban en las clases, simplemente quería hablar con los demás y salir al exterior.

Esta pequeña regañina duró hasta que llegaron a casa. Una vez allí Elmekia se fue a su habitación y se tumbó en su cama, estaba harta de que le dijeran cómo debía ser, de que la limitaran y estaba harta de que sus padres no la entendieran y la regañaran. En uno de sus impulsos decidió irse, estaba harta de todo aquello y no entendía por

qué debía de ser alguien distinto a ella misma.

Abrió la ventana y salió por ella sin hacer mucho ruido, el hecho de que su casa solo tuviera una planta le facilitó las cosas. Una vez fuera, simplemente echó a andar bajo la tenue luz que emitía la luna y que la poca vegetación de alrededor dejaba pasar. A cada paso que daba Elmekia se hundía más en sus pensamientos, ella no quería hacer enfadar a sus padres, ni provocar problemas a su profesora, ella solo quería descubrir cosas nuevas y tan solo...¿Uh?

Volvió en sí misma con una gran sorpresa, era tal que quedó perpleja...¿Tanto he andado? Susurró.

Allí estaba, de nuevo, pero esta vez, sin darse cuenta, había ido algo más allá, había entrado ligeramente en la profunda oscuridad de esa cueva, a la vez que comenzaba a llover con fuerza justo detrás de ella.



Por un segundo sintió una presión abrumadora que le impedía siquiera elegir si volver o seguir, se sentía pequeña dentro de esa cueva, como si estuviera a punto de escalar una montaña que no tenía fin.

Sin embargo, antes de que pudiera decidir si seguir andando o no, su cuerpo lo hizo por ella, comenzó a adentrarse en la cueva que cada vez se tornaba más oscura.

Sonaban ruidos extraños, el ambiente era pesado y estaba cargado de humedad, se escuchaba el ligero aleteo de los insectos, y entre todos esos sonidos, agua, se escuchaba el sonido del agua fluir y caer al fondo de uno de los pasillos.

Elmekia decidió seguir este sonido, no, no lo decidió ella, tan solo caminó.

A medida que se acercaba a los sonidos, comenzaba a ver una tenue luz proveniente de una fisura en la piedra de una de las paredes. Elmekia se asomó por ella para luego sorprenderse. "¿Qué es esto? ¿Cómo puede haber algo así aquí?"

No podía creerse ni a sí misma, su vista alcanzaba a ver algo imposible y a la vez hermoso, una cavidad enorme con lo que parecía ser un paso por la derecha, adornada por las luces danzantes que emitían las luciérnagas.

Estaba sorprendida, era la primera vez que veía algo así, a mayor tiempo miraba, más cosas descubría, podía ver una pequeña cascada que se filtraba desde alguna parte que no alcanzaba a ver y formaba un pequeño estanque que parecía derivar en un río más adelante.

Bañada por la ligera luz se podía apreciar un portón custodiado por dos figuras enormes, Elmekia estaba estupefacta, no podía imaginarse qué era todo eso, pero quería descubrirlo, quería saber más. Pero, ¿podría saber más? Elmekia seguía pegada a la fisura, contemplando esa magnífica vista.

Quiere pasar, pero no puede, el hueco es demasiado pequeño, apenas puede ver con claridad a través de él...



Una suave voz le susurra, o eso creía, siguió la voz con la mirada, pero no encontró a nadie.

Está fascinada y aterrada, pero no podía hacer nada, no sabía qué era aquello, ya no sabía siquiera si esto era real, trató de volver a la entrada de la cueva, pero algo más le llamó la atención, algo que antes no estaba ahí, se habría dado cuenta de ello.



Había algo casi engullido por aquella oscuridad, algo que brillaba con una tenue luz azul en mitad de la nada, parecía una especie de colgante carente de cuerda y con una bonita piedra de color azul, responsable de la ligera iluminación, pero "¿qué es esto?" se preguntó, mientras lo llevaba en la palma de su mano.

No había visto algo igual nunca, pero lo verdaderamente extraño es que sea capaz de alumbrar, por poco que sea.

El interior del cristal parecía moverse lentamente, como si contuviera algún tipo de líquido.

Era algo misterioso y bello.

Elmekia seguía en sus pensamientos cuando un fuerte estruendo la devolvió a la realidad, un haz de luz cruzó el cielo fuera de la cueva y un trueno sacudió la tierra. Casi cegándola por completo un relámpago cruzó a su lado, con tal velocidad que sacudió su pelo en la dirección a la que iba... Un rayo, acaba de caer al suelo... ¿Y ha entrado en la cueva? No, los rayos no hacen eso ¿verdad? Un enorme estruendo sacudió todo su cuerpo, la hizo temblar de miedo.

Entonces, miró en la dirección y vio luz, empezó a brotar más luz de aquella fisura, volvió apresuradamente sobre sus pasos solo para darse cuenta de que la pared apenas existía ya, se había abierto el camino hacia aquella zona tan hermosa y a la vez atterradoramente desconocida.

Lo recorrió, paso a paso, mientras sus pisadas hacían eco en la enorme cavidad y el ambiente se hacía aún más denso y pesado, Elmekia no podía oír nada, ni siquiera la cascada y el fluir del agua, ya no oía nada, no podía ver más nada que aquella puerta, solo quería saber qué había más allá, quería que esto terminara.

A medida que avanzaba sus piernas temblaban más y más y su corazón se aceleraba hasta el punto de casi poder escucharlo.

Cuando llegó, se quedó paralizada frente a la puerta. No sabía qué hacer, ni siquiera conocía el motivo de que hubiera llegado tan lejos.

La puerta parecía conducir a una minúscula sala dónde apenas podría haber una persona, Elmekia no la abrió, pero la puerta, ahora, de repente, sin siquiera darse cuenta, estaba abierta.

Mostrando así, ante los ojos de Elmekia, una figura de una mujer tan hermosa como imponente, una estatua, cuya magnificencia hacía pensar que estabas ante una Diosa. ¿Sería esto algún antiguo lugar de culto? ¿Pero por qué aquí? ¿Qué es esto?

Una batería de preguntas bombardeaban la cabeza de Elmekia, pero por más que pensaba, por más que intentara saber, nada. Simplemente nada, no podía llegar a una conclusión y eso le frustraba.

La misma voz suave acarició de nuevo sus oídos mientras un helado escalofrío recorría su cuerpo y sus músculos se engarrotaban y paralizaban, y luego, oscuridad...

"Serás tú... entonces....."

Con un grito y una respiración tosca, Elmekia se encontró a sí misma en su cama, con sus padres llegando rápidamente preocupados por ella, según dijeron, una aventurera que pasaba por el bosque cercano a la aldea la encontró dormida y bajo la lluvia.

¿Acaso fue todo un sueño? murmuró Elmekia mientras sus ojos se topaban con ese misterioso objeto justo debajo de su sábana.



## **V. La determinación de Glim**

Guardó un día de reposo, confundida, como si llevara un enorme peso sobre su cabeza.

En cuanto a aquel extraño amuleto, este se encontraba dentro de un cajón que ella misma había cerrado con llave para que ni ella ni nadie más pudiera tocarlo, al menos hasta que llegaran las respuestas que ella buscaba. En su cabeza aún aparecían los amargos recuerdos de aquello, no podía parar de darle vueltas. Un recuerdo que le taladraba la mente y que le devoraba desde dentro.

Elmekia ya no sabía que era real, desconocía dónde estaban las respuestas. Con tan solo dieciséis años estaba siendo expuesta a una gran cantidad de estrés que le impedía pensar con claridad y que le provocaba una agonía y malestar notables.

Tan solo con cerrar los ojos se volvía a sumergir en esa oscura cueva, volvía a sentir terror; su piel se estremecía, podía incluso notar como aumentaba la humedad en el ambiente, a la vez que le surgía un leve dolor de cabeza y unas náuseas considerables.

Elmekia se preparó para irse, desganada y aún pensando en todo. Apenas tomó nada de desayunar, salió por la puerta con un rostro serio y oscuro y se montó en el carruaje sin mediar ninguna palabra, manteniendo su mirada fija en el exterior, mientras las luces suaves y frescas de la mañana y las sombras generadas por los largos árboles se filtraban por una pequeña ventana y bailaban en su rostro. Una imagen que no cuadraba con la Elmekia que todos conocen.

El viaje fue silencioso, el único sonido que podía oírse provenía del exterior de la cabina. Entre el traqueteo del carruaje, provocado por el movimiento de las ruedas chocando sobre la tierra, podía discernirse el soplar del viento, acompañado por el ligero cantar de los pájaros que revoloteaban en el ambiente, sacudiendo en su proceso los pinos que rodeaban el camino.

Algo llamó la atención de Elmekia cuando estaban a punto de salir al claro del valle, había más flores que antes, los campos se habían llenado de distintas tonalidades de azul y violeta mezclados, a la vez que se podían apreciarse más flores a punto de florecer, colores mucho más vivos que antes, podía decir solo con verlo que la primavera estaba llegando.



Mientras se fijaba en el hermoso paisaje, algo reflejaba la luz solar y la deslumbraba casi por el límite de su campo visual.

Movió sus ojos y giró la cabeza en concordancia, buscando poder ver qué era aquello que destacaba y que buscaba llamar su atención.

Sus ojos no quisieron enfocar la imagen correctamente, no tenía ningún sentido. Su desesperación llegó a tal límite que de sus ojos comenzaron a brotar las lágrimas de forma inconsciente. Ese artefacto estaba encerrado bajo llave, era imposible, no era real, o eso quería creer Elmekia.

Al final del viaje, cogió el artefacto y salió del carruaje. Ya había asumido que no podrá dejar atrás lo sucedido y, por extraño que parezca, no podría alejarse de esa misteriosa "cosa".

Cuando entró al edificio Glim la esperaba preocupado, había oído habladurías de lo que había sucedido pero no sabía si eran ciertas o por qué se quedó en casa el día anterior.

Elmekia le dedicó una ligera y forzada sonrisa cuando cruzaron las miradas, un gesto

que no cuadraba en su oscurecido y torcido rostro. Glim la abrazó, ahora estaba más preocupado aún, sabía que algo había pasado, algo lo suficientemente grave como para romper a una persona como su amiga.

Glim estuvo todo el día junto a ella, poco a poco tratando de que se recompusiera y le contara que había sucedido.

Pero a pesar de todo, quedó perplejo cuando su amiga le dijo todo lo ocurrido.

El color se fue del rostro de Glim, una parte de él le decía a gritos que era imposible, que no lo creyera, pero por otro lado una parte de su ser le decía que su amiga no mentía. Sumado a esto, tanto Elmekia como Glim sabían muy poco sobre el mundo en el que vivían, nunca habían salido de su pueblo y los pueblos vecinos, por lo que tampoco tenía motivos de fuerza para desconfiar de ella.

Glim sabía esto perfectamente, empezó a sudar a la vez que la calidez de su cuerpo se reducía poco a poco, aún con una ropa que proporcionaba suficiente protección contra las ligeras brisas de una primavera prematura, Glim se quedó frío, una gelidez que le calaba cualquier prenda de ropa y que le hacía vibrar los huesos. No era cuestión del tiempo atmosférico, se trataba de la más sincera manifestación del miedo y él no quería tener nada que ver con eso.

Algo que rompió tan fácilmente a una persona como Elmekia no tardaría mucho en afectar duramente a alguien como Glim. Sin embargo, algo le hizo despertar y que sus ojos, hasta ahora vacíos, se llenaran de vida una vez más.

Recordó esos momentos que tuvo con Dan y lo perdido que estaba. Las palabras de aquel hombre resonaban cada vez con más fuerza en su cabeza.

No, no podía, después de todo eso y de toda la ayuda que Elmekia le había brindado siempre, después de saber que era una de las pocas personas que podía ayudar a su amiga. No iba a hacer como si no pasara nada, no iba a permitirlo.

Glim se recompuso porque sabía que esto era pero que lo que le sucedió a él y porque su amiga necesitaba ayuda.

– "Vamos" – dijo Glim mientras tiraba de Elmekia

– "¿A dónde?" – dijo Elmekia con un tremendo suspiro y con unas palabras tan pesadas que casi hundieron de nuevo la moral de Glim.

- "Por mucho que lo intente, vaya dónde vaya... Esto sigue aquí" – dijo Elmekia casi escupiendo con desprecio las palabras y con la mirada perdida a la vez que sacaba el amuleto de su bolsillo.
- "A encontrar respuestas" – replicó Glim de inmediato, con una determinación que buscaba entrar en el corazón de Elmekia y contagiarla.



## **VI. Medias verdades**

---

Glim y Elmekia sabían que no podían ir preguntando a los lugareños de su aldea, por un lado no querían que se diera a conocer demasiado la existencia de este misterioso objeto y por otro dudaban de que alguien realmente creyera su historia.

Pero, ¿dónde podían buscar las respuestas que buscan? No tenían ni idea y estaban seguros de que nadie sabría nada. Tampoco había una biblioteca ni especialistas en objetos antiguos o mágicos, el único lugar donde podría encontrarse alguno de estos servicios era a cuarenta kilómetros, en la ciudad de Igris.

A simple vista no había ninguna salida, todos los caminos estaban siendo bloqueados. A la vez que el día se iba apagando y la brisa acariciaba con más frío sus pieles, su determinación se quebraba, a cada segundo que transcurría la luz de sus ojos se resquebrajaba como si de una copa de cristal se tratase.

A medida que perdían la fe y pensaban los ojos de Elmekia se movían a la deriva, de forma inconsciente posó su vista sobre el viejo ayuntamiento del poblado.

- ... – Elmekia se encontró a sí misma mirando fijamente ese lugar, mientras su mente lo daba todo para sacar algo en claro.

Glim se percató de la inquietud de su amiga y siguió su mirada.

- Los archivos... – murmuró Glim, con sorpresa.
- Puede que en los archivos encontremos algo – dijo Glim, despertando a Elmekia de sus pensamientos.

El antiguo ayuntamiento era el edificio más antiguo del pueblo y poseía unos archivos donde se guardaba todo tipo de información en relación a la aldea; habitantes, libros de familia, censos, etc. Fue abandonado hace años por peligros en la estructura y ahora la casa del alcalde hacía a veces de ayuntamiento.

Fue el primer edificio construido en el pueblo y durante el proceso de evacuación de hace unos años solo se rescató la información importante que abarca a los habitantes actuales, por lo que si había algún sitio en el que pudieran obtener respuestas, era allí.

- Tenemos que buscar la forma de entrar – dijo Elmekia con energías renovadas.

- Mmm, ¿pero cómo? – Expresó Glim, pensativo y con cierta duda en su rostro.

Pasaron las horas, el sol comenzó a esconderse entre los árboles que apenas dejaban pasar los débiles y ya enfriados rayos de luz, acompañados de una oscuridad que iba ganando terreno e iluminando ligeramente los pastos con un brillo característico de blanco lunar. El viento, tan ligero que apenas era perceptible, hacía bailar los hierbajos y temblar las ramas de los árboles. Las hojas caían como si fueran plumas de cuervo, mecidas dulcemente por el aroma y la humedad de la noche.

Glim y Elmekia caminaban a pies puntillas hacia el antiguo ayuntamiento con la única guía de las tenues luces procedentes de velas, candelabros u otras fuentes de luz distribuidas por las calles de la aldea y las casas. A cada paso, sentían que hundían sus pies más y más en la tierra ligeramente húmeda por la bruma blanquecina que se arrastraba y silbaba por los bosques.

Pensaron una forma de escabullirse, mientras Elmekia se quedaba vigilando cerca del edificio, Glim se fue sin concretar dónde.

Elmekia se acercó a una de las ventanas traseras, escondida entre la vegetación que había nacido para devorar el edificio y reclamar lo que alguna vez perteneció a la naturaleza. La ventana era antigua, oxidada en las pocas zonas que contenían algo de metal, demacrada, las partes construidas a base de madera estaban podridas y casi reventadas por la creciente intromisión de la vegetación, parecía que solo con tocarla se iba a destruir, no solo la ventana, si no toda la pared que la sostenía. Elmekia cogió un trozo alargado de madera que perteneció alguna vez al propio edificio, lo insertó por uno de los huecos que había abierto la vegetación y con mucho cuidado ejerció presión. Se escuchó un ligero crujido y el tintineo de pequeñas piezas de metal rebotar contra el suelo a la vez que la ventana se abría y los pocos cristales que aún le quedaban se resquebrajaban peligrosamente.

Elmekia dejó el trozo de madera para mantener abierta la ventana mientras se introducía en el edificio, no sin antes dejar una señal a Glim para cuando volviera.

Una vez dentro, la oscuridad devoraba la sala y rodeaba a Elmekia, apenas entraba la

luz suficiente como para ver por dónde caminaba. Sólo el brillo de la luna distorsionado por las bruma y que apenas conseguía atravesar la vegetación que rodeaba al edificio para colarse entre los huecos de las ventanas y la piedra desgastada. Esa era su única guía por las primeras salas del ayuntamiento, taponadas por derrumbes y vegetación atascada. Aún así, no estaba dispuesta a rendirse y comenzó a buscar a lo largo y ancho del edificio.

Allí estaba, solo en mitad de una oscuridad que engañaba a los sentidos, que te hacía estar rodeado por monstruos enormes, deformes y retorcidos que en realidad resultaban ser árboles modificados por las sombras. En esta zona el viento aullaba salvajemente, arrancando en ocasiones las hierbas y flores que cubrían ese tramo del bosque. No había nada.

Glim estaba plantado delante de la cueva, o más bien enfrente de donde supuestamente debería estar. No había signos de derrumbe, siguió la pared vertical de la montaña, pero por más que buscaba no encontraba nada, por un momento dudó pero instantáneamente sacudió la cabeza, negó la idea que se le cruzó por la cabeza. Su amiga no mentía, su amiga no estaba loca. Lo único que sabía con seguridad es que ahora necesitaba esas respuestas más que nunca.

Casi era la hora de que amaneciera y Elmekia aún no había logrado encontrar nada, salvo una puerta cerrada que era incapaz de abrir. Era la primera vez que veía un mecanismo como ese, pero apenas podía acercarse a la puerta por culpa de una viga de madera que había caído justo delante. De pronto escuchó un ruido y corrió a ocultarse en una de las polvorientas esquinas mientras observaba sin descanso el pequeño y oscuro pasillo del que vino el ruido. De entre esa oscuridad surgieron unos cabellos rubios y un rostro que le era familiar a Elmekia, la cual salió de su escondite y le llamó.

– ¡Glim! Estoy aquí – dijo Elmekia con fuerzas renovadas.

Glim le dedicó una sonrisa algo nerviosa y se acercó hasta ella, aún sin quitarse de la cabeza lo que ocurrió en su pequeña escapada.

Ambos se pusieron al día y Glim explicó su ausencia diciendo que estuvo por los alrededores del pueblo vigilando y asegurándose de que nadie pasaría por esa zona. Pensó que era mejor que su amiga no supiera lo que él vio.

Juntos consiguieron mover la viga lo suficiente para poder pasar y acceder a esa puerta. Glim intentó abrirla, pero esta no se dejó. Elmekia le explicó a Glim lo que encontró en uno de los libros que le llamaron la atención.

Este edificio ya estaba aquí cuando llegaron los primeros colonos, antes incluso de que se fundara el pueblo ya había un edificio construido, según los informes el edificio que encontraron poseía una galería subterránea que accedía a una sala, pero los investigadores fueron incapaz de continuar y al ser un edificio extremadamente antiguo hubo numerosas complicaciones por lo que se terminó construyendo el antiguo ayuntamiento justo encima de aquella construcción.

- ¿Así que esa puerta nos puede conducir allí abajo? – preguntó Glim, más para sí mismo, pues estaba incrédulo ante la historia que le acababa de contar su amiga.
- Puede ser, pero el mecanismo es muy raro, no se co... – Elmekia se detuvo en seco al percatarse de que algo en la habitación estaba brillando.

El amuleto que Elmekia llevaba consigo comenzó a irradiar una ligera luz azul que empezaba a cubrir la zona en la que estaban, de pronto, algo se le pasó por la mente a Elmekia, mientras Glim contemplaba atónito, Elmekia acercó el amuleto a la puerta. Todo comenzó a temblar, se escuchaban mecanismos comenzando a funcionar, chirridos que provenían de todas partes provocados por maquinaria vieja, desengrasada y que había estado sin usar más tiempo del que ellos podía conocer. La puerta comenzó a abrirse lentamente con un movimiento algo tosco, abriendo tras de sí un pasillo oscuro que se adentraba en lo profundo del edificio.

Siguieron el camino y tras andar durante un buen rato por los pasillos estrechos, oscuros y húmedos alzaron a ver un poco de luz, la cálida sensación que transmiten los rayos del sol conseguía colarse por los recovecos de las paredes y acceder al interior de esta galería, ya hacía rato que había amanecido. Entre todo el silencio se escuchaba un ligero silbido, el viento acompañaba al sol en su aventura y se colaba

por los distintos espacios que pudieran existir entre las rocas, sin embargo, es una brisa agradable, cálida a la vez que refrescante, pero incapaz de producir un sonido como ese, un sonido tan característico solo podía provenir del agua. Se escuchaba agua serpenteando por el suelo, cayendo y sonando con un ligero eco.

Elmekia y Glim se acercaron, nerviosos, aterrados, nadie más había estado en ese lugar antes según los informes.

Se agarraron de las manos y se adentraron en ese misterioso lugar, esperando conseguir respuestas, sin esperarse lo que iban a contemplar...



## **VII. Glim y Elmekia**

---

Anonadados, mientras una suave luz les acariciaba sus rostros e iluminaba sus ojos, los cuales no daban crédito a lo que estaban viendo, una sensación cálida les recorría el cuerpo, la satisfacción de haber llegado a dónde otros no fueron capaces, la sensación de que sus respuestas cada vez estaban más cerca.

Empezaron a caminar en lo que parecía la única dirección posible, con un paso lento, discreto, mientras su mente se perdía en la maravillosa escena. La luz filtrándose y manteniendo los colores vivos, el aroma del viento que resoplaba húmedo, el sonido del agua fluir tranquilamente, el crujir de la hierba bajo sus pies que mezclaba el aroma de la vegetación con el ambiente.

Caminaron perdidos en sus mentes durante un rato hasta sus zapatos tocaron con un suelo más duro, habían llegado a unas escaleras. Estaban cubiertas de musgo y malas hierbas, pero aún se podía diferenciar claramente cada uno de los escalones, la piedra estaba gastada y al levantar la mirada vislumbraron la hermosa escena, toda una pared labrada en piedra, desgastada por el paso de los años y devorada por la vegetación, pero aún así era claro ver cada uno de los detalles, arcos perfectos, detalles en las columnas y estatuillas integradas en la propia piedra, todo eso requería de una maestría y una labor increíbles. Y sin embargo, este lugar había estado aquí desde antes de que se colonizara la zona, cómo podía haber existido este lugar sin que nadie tuviera constancia de ello.

Por cada pregunta que conseguía respuesta surgían varias nuevas.

Subieron los escalones con cierta timidez, cuidándose de lo que podría haber aquí dentro y de las propias estructuras, deterioradas por el tiempo y maltratadas por la erosión de la vegetación y el agua cristalina.

Mientras subían apreciaron una bifurcación, pero ambos caminos llevaban al mismo lugar, finalizaban en lo que en alguna época fue un portón, lo atravesaron con cuidado y siguieron su camino. Esta vez el camino se estrechaba, parecía que la vegetación no había conseguido colarse aquí, no era de extrañar, pues fácilmente se

podía ver que tanto las paredes como el suelo estaban hechos de piedra maciza, una piedra muy difícil de romper y de trabajar. Aun así, las paredes permanecían decoradas con pilares y arcos desgastados. La luz se colaba, ni siquiera sé por dónde, y se reflejaba en la humedad del suelo, a la vez que pintaba la piedra de un color blanquecino.

Siguieron caminando mientras sus pisadas resonaban por aquel pasillo, el sonido de las pequeñas piedras resbalar y caer lentamente, el chapoteo de un zapato contra el agua, el silencio que existía en ese momento solo se veía interrumpido por las respiraciones profundas y aceleradas de Elmekia y Glim, en sus cabezas resonaban los latidos de sus propios corazones mientras trataban de avanzar por este misterioso lugar.

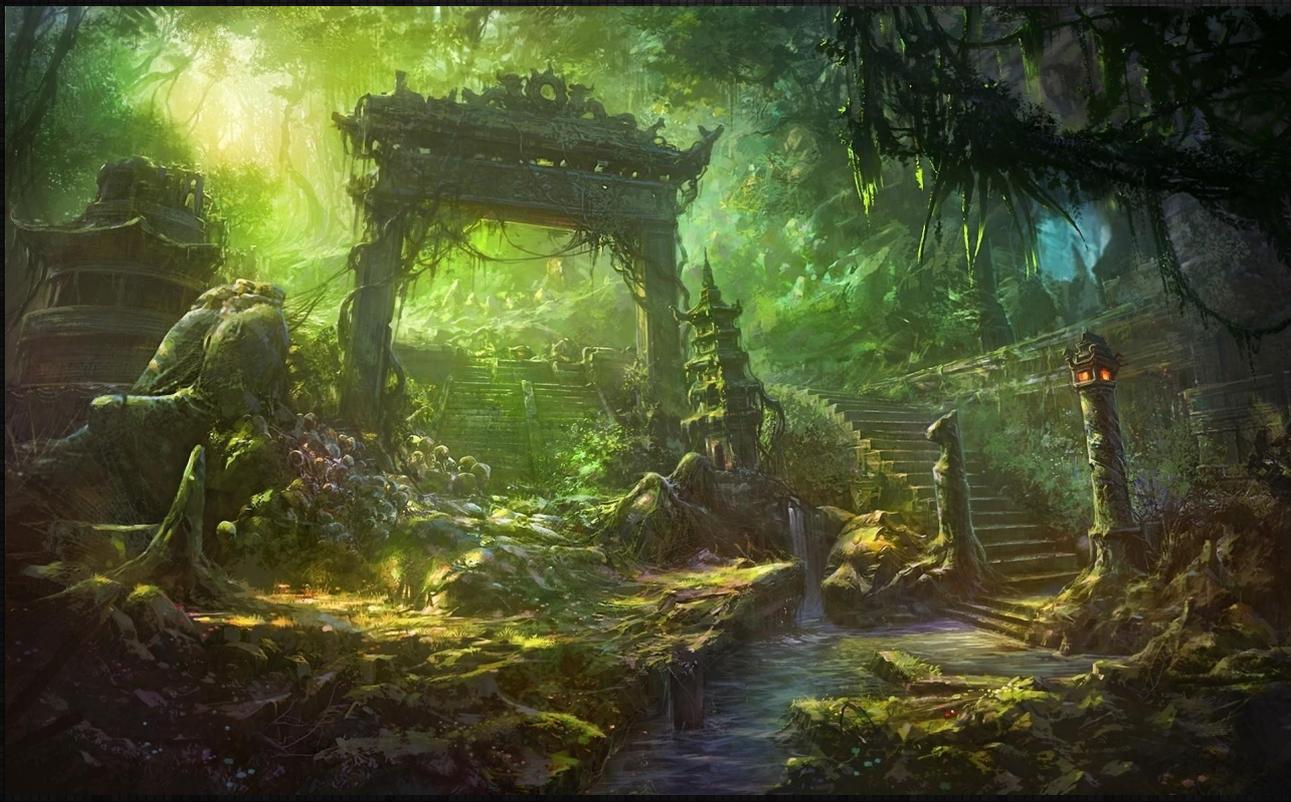


Avanzaron, a pesar de sus miedos e inquietudes, por todo el lugar hasta llegar a una salida por la que se colaba una fuerte luz, pero era extraña pues parecía estar coloreada de un color verdoso, llevándose la mano a los ojos con la intención de mitigar la intensidad de la luz que le golpeaba en la cara, ambos decidieron atravesar la salida.

Al salir, una sensación húmeda y fría les acogió. La luz verdosa estaba provocada por la vegetación, la cuál era salvaje, viva. Todo el lugar se encontraba engullido por los verdes y coloreados tonos de las plantas que generaban una humedad natural que corroía todo a su paso, a la vez que producía una suave y discreta calina que abrazaba las edificaciones.

De nuevo el sonido del agua se colaba entre sus oídos a la vez que la asombrosa escena provocaba su incredulidad; esculturas desgastadas, rotas; escalones desvencijados; piedra corroída y maltratada; enredaderas que danzaban entre las estructuras; detalles labrados que quitaban el habla; en el centro, un arco, imponente, muy distinto a los que habían visto antes.

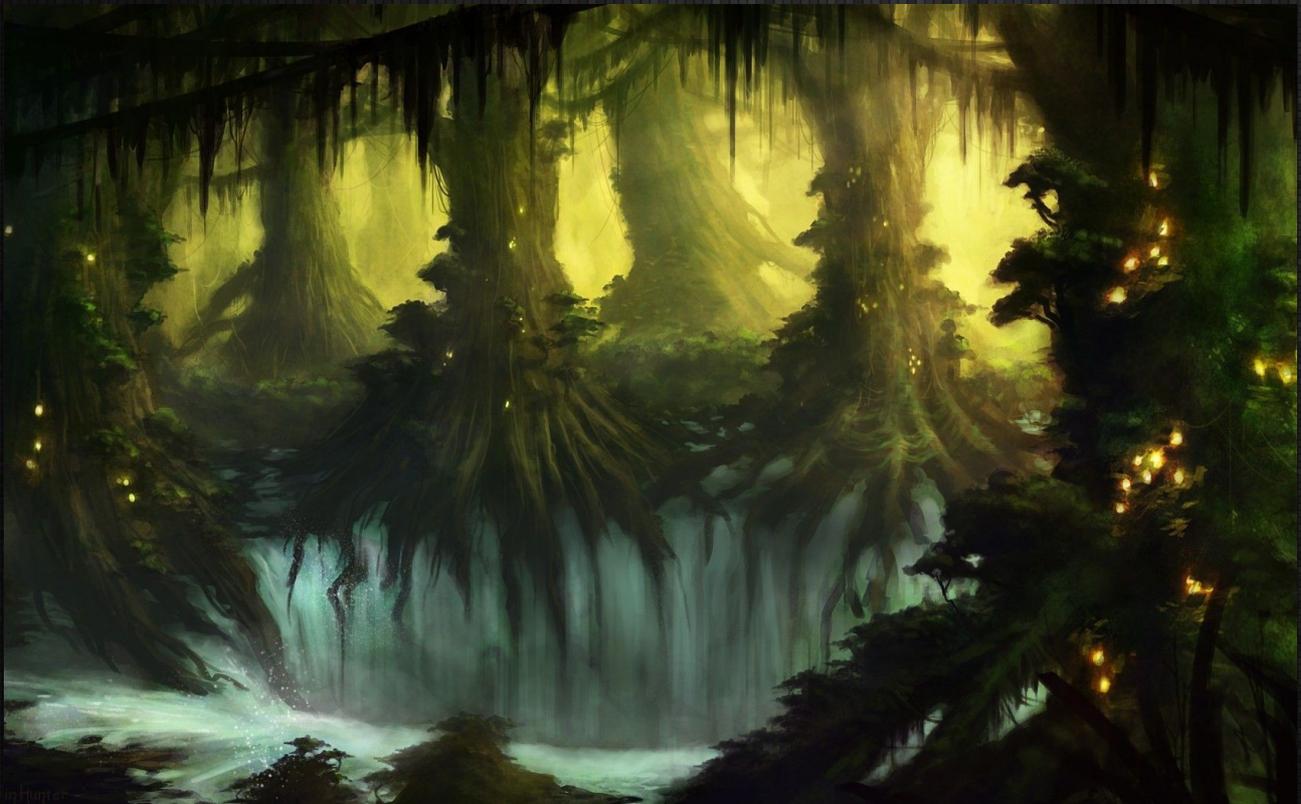
Durante unos minutos se quedaron quietos, sin expresión alguna, exceptuando el asombro que se veía reflejado en sus caras. De pronto, una ligera y tenue luz les hizo volver en sí, un pequeño pilar situado cerca de las escaleras laterales albergaba una llama en su interior, una luz que antes no estaba ahí, pero, sin embargo, ahora sí, como si tratase de guiar sus pasos, de ayudarles en su camino. Elmekia sintió eso en el fondo de su pecho, por alguna razón notó que debía de seguir ese camino. Empezó a andar, seguida por Glim. Subió los escalones uno a uno, mientras resonaba en toda la habitación el golpeo de sus pisadas en la antigua piedra, haciendo eco en el lugar.



A medida que andaban, Elmekia sentía que se acercaba, desconocía el qué, pero se sabía que cada vez estaba más cerca, que se aproximaba a lo que fuera que debía saber, a lo que fuese que la guiaba a estar aquí.

Siguieron avanzando a través del ecosistema que se había formado, el lugar era inmenso, como si fuera otro mundo, uno dentro de otro.

El lugar era increíble, bosques de árboles gigantes rodeaban la zona, a la vez que hacían cautiva al agua que fluía libremente por estos lares. En los troncos envejecidos podían apreciarse unos extraños frutos, los cuales parecían iluminarse cuando se acercaban, acompañando en perfecta armonía a la luz filtrada entre la espesa vegetación. Marañas de hojas y enredaderas se conectaban una y otra vez, formando todo un entramado, como si fuese sido tejido por una enorme araña, como si tratase de mantener la vida de este lugar unida.



Siguieron avanzando hasta topar con un puente de piedra que atravesaba un pequeño río, al otro lado podía apreciarse que la vegetación era algo menos densa. Atravesaron el puente a la vez que resonaba en sus mentes el tranquilo fluir del agua que navegaba calmada bajo sus pies. Sus cuerpos cansados se veían iluminados por dichos frutos que podían apreciarse ahora mejor.

El sonido de la piedra, el agua y el de las hojas sopladas por el viento, casi les hacía pensar que esto no era real.



Tras atravesar el río y seguir avanzando durante un largo camino a través de densos bosques, piedra devorada y cálidas luces, llegaron a un edificio.

La única construcción que habían visto en todo este tiempo, y donde, al parecer, finalizaba el camino. Elmekia sintió un vuelco en el corazón, una sensación cálida la invadió, como si tratara de decirle que había llegado. El edificio, engullido totalmente por la vegetación, aún se mantenía en pie, orgulloso e imponente.

Elmekia, perdida en sus pensamientos, comenzó a andar, dejó de oír, dejó de hablar, dejó de sentir, dejó de ver. Solo tenía en la mente ese lugar, solo podía sentir que debía entrar.

El crujir de las plantas, el aullido del viento, la luz que se escurría a través de los árboles o el traqueteo de la piedra, la voz de Glim... Nada hacía que volviera.



Ella se acercó, acarició con sus manos la placa de piedra que aún tapaba la puerta, aparentemente sellada durante siglos. Mientras el lugar se llenaba de la mística luz del amuleto que Elmekia llevaba, las aguas se violentaron; el viento pasó a ser mucho más asalvajado, la cálida luz que envolvía el ambiente se volvió oscura y fría, mientras la vegetación sufría y crecía.

Después de todo eso, la losa de piedra brilló con una intensidad capaz de dejar ciego a cualquiera, tras esto, se atenuó y la piedra se deshizo en pequeños trozos que cayeron y resonaron con fuerza en el suelo, provocando un eco en todo el lugar.

Ella entró, siguió caminando y no paró hasta que su cuerpo así lo pidió, hasta que en su mente se volvió a oír aquel susurro. Aquella voz imposible de olvidar y que la había traído hasta aquí.

— Elmekia... búscame... en la que una vez fue capital del mundo y ahora es hogar de los perdidos...

Tras oír estas palabras, Elmekia volvió a ver, volvió a oír, a sentir... sintió humedad,

algo fresco, líquido, como si de agua se tratase, gotas de agua en su cara, en el pelo y su ropa ligeramente mojada.

Bajó su mirada, se tocó la cara, su ropa. Su corazón colapsó, su mente se rompió, su alma la abandonó por unos instantes, sus ojos perdieron su brillo, se apagaron. Su rostro se resquebrajaba, mientras un frío gélido le recorría la espalda y un sentimiento de soledad y vacío llenaban su corazón.

No pudo, cayó al suelo, sobre sus rodillas, el sonido del choque llenó la habitación, seguido de un violento y desgarrador grito que fácilmente rompieron la armonía del lugar, un ahogado grito de dolor que se extendió por todo el escenario, un sonido que se sobrepuso a cualquier otro.

Todo se volvió tranquilo, solitario, apagado, silencioso. Un silencio roto por los gritos ahogados.

Ante sus ojos, ante su eterno dolor, recién abrazado entre lágrimas y gritos, Glim. Su cuerpo, sin vida, yacía en los brazos del Elmekia, quién acababa de recogerlo y abrazarlo del suelo. Los ojos de Elmekia estaban inundados, vacíos y llenos de tristeza a la vez, llenos de desesperación. Abrazaba a su amigo, los brazos de Elmekia se quedaban sin fuerzas, temblaban sin parar. Se quedó sin voz, ya ni siquiera podía gritar, solo suplicaba.

Acariciaba su cara con sus suaves manos, deseando que esto solo fuera una pesadilla, que no fuera real. Elmekia se mantuvo con él en brazos en la aparente oscuridad que les rodeaba, acariciando su pelo, balbuceando entre sollozos y suplicando en voz baja, desesperada, rota.

– ¿Cómo...? ¿Por qué...?

Al pasar las horas, Elmekia preparó a su amigo, lo envolvió en una serie de trapos y se fue con él de vuelta. Recorrió el camino de vuelta totalmente sola, rodeada de pensamientos, culpa y perdición. El solo silencio que la envolvía le hacía sufrir, quería irse de ese lugar, pero no dejaría a su amigo allí.

Consiguió volver al principio, salir, volver al pueblo y explicar entre lágrimas todo lo que había ocurrido. De principio a fin.

Esa misma noche, mientras el viento aullaba y las nubes miraban con tristeza, Glim fue enterrado en una colina desde la que podría ver siempre el amanecer.

